

Javier Álvarez Dorronsoro

Dios y patria

26 de enero de 2026.

El recientemente fallecido cineasta Rob Reiner ofrece -en calidad de productor- un retrato particularmente incisivo en el documental *God and Country* sobre la profunda reconfiguración que está experimentando el cristianismo evangélico en Estados Unidos. La obra analiza el ascenso de lo que denomina *nacionalismo cristiano*, identificado como una de las principales fuerzas de movilización y choque en el asalto al Capitolio de enero de 2021. Historiadores y líderes evangélicos moderados contribuyen a esclarecer el alcance y las raíces de esta transformación.

El nacionalismo cristiano

Conviene, no obstante, introducir una distinción relevante. Muchos cristianos conservadores manifiestan una preocupación genuina por lo que perciben como la decadencia moral y cultural de Estados Unidos. Rechazan el aborto, critican la llamada “ideología de género” y defienden valores tradicionales, pero no todos ellos se conciben como activistas políticos ni aspiran a una toma directa del poder. El *nacionalismo cristiano*, en cambio, representa un salto cualitativo: postula explícitamente la necesidad de conquistar el poder político y de transformar el régimen. Su objetivo no es la influencia cultural, sino el ejercicio del poder “puro y duro”.

Desde esta perspectiva, Estados Unidos y la Iglesia se encontrarían simultáneamente en peligro. Ambas realidades forman parte de un mismo combate histórico y espiritual. Según esta visión, EE. UU. tendría un papel providencial asignado por Dios: la nación debe ser salvada porque los “valores judeocristianos” constituirían el fundamento último del orden político estadounidense. En consecuencia, si la democracia liberal se interpone en ese designio, debe ser superada. La aspiración final es la conversión de Estados Unidos en una nación de carácter teocrático.

Los líderes evangélicos que impulsan este movimiento rechazan el pluralismo religioso de facto existente en EE. UU., así como la llamada religión civil. Este concepto, formulado por el sociólogo Robert Bellah, alude a un conjunto de creencias, símbolos y rituales que confieren un significado sagrado a la nación, a su historia, a los Padres Fundadores y a sus instituciones. La religión civil estadounidense no sustituye a las religiones particulares, sino que las sobrevuela, permitiendo la convivencia bajo valores compartidos y expresándose en el lenguaje público mediante referencias genéricas a la providencia divina. Para los nacionalistas cristianos, sin embargo, esta ambigüedad resulta insuficiente y engañosa.

En oposición frontal a este modelo, el *nacionalismo cristiano* evangélico rechaza tanto el pluralismo religioso como la separación entre Iglesia y Estado. Para legitimar sus aspiraciones, recurre a una revisión interesada de la historia, orientada a “cristianizar” retrospectivamente a los Padres Fundadores. Si bien es cierto que las ideas religiosas influyeron en la cultura política estadounidense, el orden constitucional no se basó en leyes teológicas ni en principios cristianos normativos. La Primera Enmienda de la Constitución establece que el Congreso

no promulgará leyes que establezcan una religión oficial ni que impidan su libre ejercicio, y el artículo VI prohíbe explícitamente cualquier requisito religioso para el acceso a cargos públicos. Frente a ello, los nacionalistas cristianos insisten en que Estados Unidos fue fundado como una nación cristiana y que sus leyes deben basarse en la Biblia; todo lo demás sería, a su juicio, signo de degeneración y decadencia.

Paradójicamente, estos movimientos son conscientes de que, para alcanzar sus objetivos, deben operar dentro de las estructuras democráticas existentes. Por ello conceden una importancia central a la movilización electoral. En las elecciones de 2016, el 81 % de los evangélicos blancos votó a Donald Trump, a quien un líder evangélico moderado describió irónicamente como la “encarnación de los siete pecados capitales”. La aspiración de intervenir en política como agentes organizados del cristianismo evangélico se remonta, al menos, a comienzos del siglo XXI. Consignas como “hay que recuperar el poder de los cristianos” circularon con fuerza en el entorno del Tea Party. Aunque inicialmente muchos líderes evangélicos desconfiaban de Trump, acabaron concluyendo que era un instrumento útil para acceder al poder. Trump, por su parte, reforzó progresivamente su retórica religiosa, incorporó referencias a Dios y al rezo en sus discursos y promovió el nombramiento de jueces abiertamente contrarios al aborto, decisiones celebradas por las bases del nacionalismo cristiano.

Las dimensiones raciales de este movimiento no son nuevas. Sus raíces se remontan a la Moral Majority de finales de los años setenta, cuando sectores del cristianismo conservador se movilizaron para mantener la segregación racial en las escuelas cristianas. Desde entonces, las minorías racializadas son percibidas como “menos americanas”, reforzando la identificación entre identidad nacional, cristianismo y blanquitud. El cristianismo blanco se consolida así como un marcador identitario privilegiado en el imaginario político estadounidense.

Finalmente, el victimismo constituye una de sus estrategias centrales. El movimiento promueve activamente la idea de persecución, convirtiendo el agravio en fuente de cohesión y movilización. La ira y el miedo son instrumentalizados como emociones políticas eficaces y, en determinados discursos, acompañados de una legitimación implícita —cuando no explícita— de la violencia. Aunque se reconocen como una minoría, los nacionalistas cristianos asumen que las minorías organizadas pueden, en determinadas circunstancias históricas, transformar regímenes enteros.

El documental de Reiner no nos habla del catolicismo político, pero su influencia en el Movimiento MAGA no es nada desdeñable.

El catolicismo político

El universo MAGA no constituye un movimiento ideológico homogéneo, sino lo que cabría definir como una “coalición negativa”. Sus distintos componentes convergen no tanto en un proyecto común como en una serie de rechazos compartidos: poner fin al “globalismo” de los gobiernos precedentes, erradicar la cultura *woke*, limitar el supremacismo judicial y sustituir a las élites liberales por otras que no participen del consenso liberal dominante. En términos de Patrick Deneen —intelectual católico de referencia e inspirador ideológico del vicepresidente James Vance— se trata, en última instancia, de “cambiar el régimen”.

En este ecosistema MAGA coexisten católicos integristas, evangélicos pragmáticos, tecnolibertarios de Silicon Valley y amplios sectores sociales descontentos con las políticas del antiguo gobierno. No hay coherencia doctrinal ni un proyecto acabado de gobierno o de nación; lo que sí existe es la convicción compartida de que la ruptura es condición previa para cualquier nuevo orden. Alguien debe “mancharse las manos” para poner fin a la democracia liberal, y ese papel es asumido por el movimiento MAGA.

Dentro de este marco, un grupo de intelectuales católicos —entre los que destacan Patrick Deneen, el jurista Adrian Vermeule y el ensayista Rod Dreher— actúa como *intelectuales orgánicos* del movimiento. No son agitadores de masas al estilo de los telepredicadores evangélicos; su público objetivo son los cuadros intelectuales, las élites jurídicas y los aparatos institucionales. Se reconocen explícitamente como abanderados del *postliberalismo* y sostienen que el poder en Estados Unidos debe ser ejercido por nuevas élites orientadas a la persecución del “bien común”. En el interior del mundo MAGA, esta noción no tiene otra traducción que el lema “America First”.

Estos pensadores tratan de fundamentar la legislación en un iusnaturalismo de inspiración divina, cuya expresión política dentro del movimiento se reduce, en la práctica, a la consigna de “ley y orden”. Consideran que la histórica separación entre Iglesia y Estado, así como la eliminación del rezo en las escuelas, han sido factores decisivos en la decadencia moral estadounidense. De ahí su aspiración, explícita o implícita, a una cierta re-institucionalización de las prácticas religiosas.

Una particularidad relevante de este grupo es la fluidez de sus relaciones con el poder político y económico actual. El vicepresidente James Vance, recientemente convertido al catolicismo, y el multimillonario tecnológico Peter Thiel, también católico, reconocen con frecuencia la influencia que estos intelectuales ejercen sobre su pensamiento. La centralidad del orden y la identidad nacional anclada en la tradición cristiana son temas asumidos por ambos, aunque desde una perspectiva marcadamente instrumental.

Thiel, además, combina un discurso recurrente sobre la amenaza apocalíptica con la presentación del gobierno de Trump como un dique frente a la venida del Anticristo. Afirmaciones que podrían parecer extravagantes si no estuvieran respaldadas por figuras con un peso tan significativo dentro del entramado de poder trumpista. Tanto Vance como Thiel operan como el nexo que, al menos de forma provisional, articula a los sectores más dinámicos del movimiento MAGA con los tecnolibertarios de Silicon Valley y con el propio presidente Trump, figura eminentemente funcional dentro de este magma ideológico.

Sorprendente paradoja

Todo ello ocurre en un país donde la secularización ha avanzado de forma notable en las últimas décadas. El porcentaje de estadounidenses que se identifican como cristianos ha descendido de manera sostenida, pasando del 91 % en 1976 al 64 % en 2022. Paralelamente, el grupo de quienes se declaran “sin religión” —que incluye ateos, agnósticos y personas sin afiliación confesional— representa ya aproximadamente un tercio de la población. Incluso entre quienes mantienen una identidad cristiana, la práctica religiosa ha disminuido sensiblemente: los cristianos practicantes han pasado del 78 % en 2007 al 63 % en 2022. Según el Pew Research Center, la tendencia secularizadora parece

estructural e irreversible, aunque algunos estudios recientes sugieren una cierta desaceleración en los últimos años.

En este contexto de secularización progresiva ha emergido, de forma aparentemente contradictoria, un movimiento de intransigencia religiosa que poco tiene que ver con un renacimiento genuino de la espiritualidad, como el que algunos observadores parecen detectar en otras regiones del mundo. Se trata, más bien, de un fenómeno cuya ambición principal no es la renovación interior de la fe, sino su instrumentalización como fuerza de intervención directa en la orientación política y en la toma de decisiones del gobierno de los Estados Unidos.

Este fenómeno contemporáneo habría escandalizado al filósofo y psicólogo William James, una de las figuras intelectuales más influyentes de la historia estadounidense, cuya obra contribuyó decisivamente a moldear la mentalidad nacional de finales del siglo XIX y comienzos del XX. El pragmatista William James se oponía explícitamente a la manipulación cínica del simbolismo religioso como mecanismo de movilización política y defendía una religión vivida de forma personal, interior, devota y moralmente exigente. Aunque esta concepción pueda parecer hoy parcial respecto a la complejidad social de lo religioso, James acertó plenamente al advertir —ya en su tiempo— el riesgo del fanatismo moral, de las cruzadas políticas y de la sacralización de causas contingentes.

Eso es precisamente lo que, a juicio de numerosos cristianos críticos a los que Reiner da voz en su documental, está ocurriendo en la actualidad. Desde esta perspectiva, el cristianismo político asociado al trumpismo constituye una perversión del mensaje evangélico: mientras los fundamentalistas protestantes y católicos guardan silencio ante cuestiones centrales como la pobreza o la justicia social, elevan su voz con vehemencia para exigir rebajas fiscales y la defensa irrestricta del derecho a portar armas. La fe, en este marco, deja de ser un principio de conversión moral para convertirse en un instrumento al servicio de intereses ideológicos muy concretos.